

Hace cuatro años, en 1874, dos jóvenes caballeros ingleses tuvieron ocasión de viajar a Estados Unidos. Cruzaron el océano en pleno verano y cuando llegaron a Nueva York el 1 de agosto, la febril temperatura de la ciudad les sorprendió sobremanera. Tras desembarcar en el muelle se encaramaron a uno de esos enormes autobuses elevados que transportan a los pasajeros a los hoteles y que, entre sacudidas y trompicones, inició su ruta a través de Broadway. El

aspecto de Nueva York en pleno verano no es quizás el más favorecedor, aunque no está exento de un aire pintoresco, e incluso brillante. Nada podría parecerse menos a una típica calle inglesa que la interminable avenida, rica en incongruencias, a lo largo de la cual avanzaban nuestros dos viajeros, observando a ambos lados la agradable animación de las aceras: los heterogéneos y coloridos edificios, las inmensas fachadas de mármol blanco que brillaban bajo la luz intensa y cruda en las cuales rótulos dorados se engarzaban en variadísimos toldos, pancartas y estandartes, la extraordinaria cantidad de ómnibus, coches de caballos y demás vehículos democráticos, los vendedores de bebidas refrescantes, los pantalones blancos y los grandes sombreros de paja de los policías y el paso airoso de los elegantísimos jóvenes sobre el asfalto; la luminosidad, la novedad y la frescura tanto de las personas como de las cosas. Los jóvenes caballeros habían intercambiado

pocas observaciones, pero al cruzar Union Square, frente al monumento a Washington, bajo la mismísima sombra proyectada por la imagen del padre de la patria, uno de ellos comentó:

—Parece un lugar peculiar.

—Extraño, muy extraño —dijo el otro, que era el más listo de los dos.

—Lástima que haga un calor tan brutal —continuó tras una pausa el primero.

—Ya sabes que nos encontramos en latitud baja.

—Eso diría yo.

—Me pregunto —dijo el segundo después de un rato— si podríamos tomar un baño.

—Yo diría que no.

—¡Pues vaya! —exclamó su compañero.

Esta animada conversación fue interrumpida por la llegada al hotel, que les había recomendado un caballero americano a quien habían conocido en el barco y con el cual de hecho habían

intimidado mucho; se había ofrecido a acompañarles y a presentarles, amablemente, al dueño. Este plan no obstante quedó frustrado cuando su amigo descubrió que su «socio» le esperaba en el muelle, y que su asociado comercial deseaba que acudiese de inmediato para atender ciertos telegramas procedentes de Saint Louis. Pero los dos caballeros ingleses, con su prestigio nacional y su gracia personal como únicas cartas de recomendación, fueron muy bien recibidos en el hotel, que ostentaba un aire de generosa hospitalidad. Descubrieron que la posibilidad de tomarse un baño no era inalcanzable, y las instalaciones de la suite destinadas a la inmersión prolongada y reiterada en la bañera les sorprendieron gratamente. Después de bañarse durante largo rato, más de lo que en realidad nunca antes habían hecho en una misma tarde, se dirigieron al salón comedor del hotel, que era un restaurante espacioso, con una fuente en medio, gran cantidad de plantas

altas en tinas decorativas y un ejército de camareros franceses. La primera cena en tierra después de un viaje por mar es, en cualquier circunstancia, un acontecimiento placentero, pero además había algo especialmente agradable en las circunstancias en que se encontraban nuestros jóvenes ingleses. Eran personas de carácter muy afable, más observadores de lo que parecía; de un modo algo torpe, casual y disimulado, eran tremendamente agradecidos. Éste era quizás especialmente el caso del mayor de ellos, quien, como he dicho antes, era además el de más talento.

Se sentaron en una pequeña mesa, lo que ya suponía una gran diferencia en comparación con el ruidoso vaivén del comedor del barco. Las amplias ventanas y puertas del restaurante permanecían abiertas bajo grandes toldos frente a la ancha acera, donde había otras plantas en tinas y se desplegaban varias filas de árboles, detrás de los cuales había una plaza grande y sombreada con

paseos de mármol y carente de empalizada. Por encima de la frondosa vegetación emergían otras fachadas de mármol blanco y piedra color chocolate, que se recortaban contra el profundo cielo azul. Allí fuera, bajo la luz, la sombra y el calor, se sucedía el campanileo de los timbres de los numerosos tranvías, y el constante tránsito, bullicio y rumor de muchos paseantes, una gran parte de los cuales eran jóvenes vestidas al estilo Pompadour.

En el interior, la sala estaba fresca y apenas iluminada; olía a flores y se oía un ruido de agua y de pasos de camareros franceses, como ya he dicho, sobre alfombras silenciosas.

—Se parece bastante a París, me atrevo a afirmar —dijo el más joven de nuestros dos viajeros.

—Es como París, sólo que más todavía —replicó el otro.

—Supongo que será por los camareros franceses. ¿Por qué no hay camareros franceses en Londres?

—Me gustaría ver a un camarero francés en un club.

El inglés joven se sobresaltó un poco, como si a él no le pareciera buena idea.

—En París soy perfectamente capaz de cenar en un lugar en el que haya un camarero inglés. ¿Sabes ese sitio, cómo se llama, cerca de no-sé-qué-algo? Siempre me ponen un camarero inglés, supongo que piensan que no sé francés.

—Bueno, es que no sabes —dijo el mayor de los jóvenes ingleses desplegando su servilleta.

Su compañero hizo caso omiso del comentario.

—Lo que digo —continuó el otro al momento— es que deberíamos tal vez aprender a hablar americano, deberíamos tomar clases.

—Yo no puedo entenderles —dijo el más listo.

—¿Qué demonios nos estará diciendo? —preguntó su compañero, refiriéndose al camarero francés.

—Me está recomendando unos cangrejos de caparazón blando —contestó el más listo de los dos.

Y así, inmersos en la observación esporádica de la idiosincrasia de la nueva sociedad en la que se encontraban, los jóvenes ingleses empezaron a cenar, poniéndose las botas, como suele decirse, a base de bebidas refrescantes y platos elegidos de una larga lista que les ofreció el camarero.

Después de cenar, salieron y pasearon tranquilamente por las calles vecinas. Hacía su aparición el crepúsculo temprano del verano, que estaba ya en su tramo final, pero el calor era aún notable. El asfalto estaba caliente incluso para las robustas suelas de las botas de los viajeros británicos, y de los árboles de la acera emanaban extraños olores exóticos. Deambularon por la plaza cercana, ese extraño lugar sin empalizada y con paseos de mármol de losetas blancas y negras. Había gran cantidad de bancos, todos ocupados

por gente de aspecto desastrado, y los viajeros observaron, con gran acierto, que el lugar no se parecía demasiado a Belgrave Square. En uno de los lados había un enorme hotel que alzaba un ejército de ventanas abiertas e iluminadas hacia la cálida oscuridad. En la base de esta estructura populosa había un constante estruendo de coches de caballos, y a su alrededor, en una nube oscura, un siniestro zumbido de mosquitos. La planta baja del hotel se asemejaba a una enorme jaula transparente, que proyectaba un torrente de luz de gas a la calle convirtiéndola en un accesorio de su espectáculo, mientras absorbía y liberaba a los transeúntes con promiscuidad.

Los jóvenes ingleses se unieron a los demás llevados por la curiosidad, y vieron a unos doscientos hombres sentados con las piernas estiradas en bancos alargados a lo largo del maravilloso pasillo pavimentado de mármol; junto a ellos, algunas docenas más hacían cola de pie, como si

estuvieran en las taquillas de una estación de tren, ante un mostrador brillantemente iluminado que se extendiera sin fin; llevaban baúles de viaje con sus propios brazos, tenían un aspecto abatido y agotado; sus ropas no eran muy nuevas y parecían rendir cierto tipo de misterioso tributo a un joven esplendoroso de bigote abrigado y con la pechera adornada con botones de diamante que, de vez en cuando, lanzaba una mirada ausente por encima de la multitudinaria paciencia. Se trataba de ciudadanos norteamericanos homenajando a un recepcionista de hotel.

—Me alegro de que no nos recomendara este sitio —dijo uno de nuestros ingleses, refiriéndose al amigo del barco, que les había contado tantas cosas.

Subieron por la Quinta Avenida, donde, por ejemplo, según les había dicho, vivían las familias de primera categoría. Pero las familias de primera estaban fuera de la ciudad, así que nuestros

jóvenes viajeros tuvieron que conformarse con algunas de las de segunda, o incluso de las de tercera, que tomaban el aire de la tarde en sus balcones o en lo alto de las escaleras de entrada de las casas, en las calles que salían de la decorativa avenida principal. Siguieron un poco hacia abajo por una de las calles laterales y vieron a señoritas con vestidos blancos, de un aspecto encantador, sentadas grácilmente en los escalones color chocolate. En uno o dos lugares de este tipo, las señoritas conversaban de un lado a otro de la calle con otras señoritas sentadas y vestidas de forma similar en las casas de enfrente y, envuelto en el aire cálido de la noche, su tono coloquial resultaba curioso para los oídos de los jóvenes ingleses.

Uno de nuestros amigos, el más joven de ambos, insinuó que se sentía con ánimo de interrumpir algunas de estas amables charlas; pero su compañero observó, con mucho tino, que debería tener cuidado.

—No empecemos cometiendo errores.

—Pero nos lo dijo, acuérdate que nos lo dijo —se impacientó el joven, aludiendo de nuevo al amigo del barco.

—¡Qué importa lo que nos dijo! —contestó su compañero, que, si bien poseía mayores cualidades, aparentemente también era el más moralista de los dos.

A la hora de dormir —impacientes por probar de nuevo un lecho en tierra—, nuestros pasajeros marítimos se habían ido temprano a la cama; seguía haciendo un calor insufrible y el zumbido de los mosquitos en las ventanas abiertas podría haberse confundido auditivamente con un crepitar de la temperatura.

—Esto no se puede aguantar, desde luego —se dijeron el uno al otro; y se pasaron toda la noche tosiendo, con más escándalo del que habían hecho sobre las olas del Atlántico.

A la mañana siguiente, su primer pensa-

miento fue que ese mismo día volverían a embarcarse rumbo a Inglaterra; pero entonces se les ocurrió que quizás podrían encontrar un refugio más a mano. La cueva de Eolo se les antojó el ideal de comodidad y se preguntaron a dónde iban los americanos cuando sentían el deseo de refrescarse. No tenían la menor idea, así que decidieron recabar tal información del señor J. L. Westgate. Éste era el nombre escrito con trazo enérgico en el dorso de una carta que nuestro viajero más joven conservaba cuidadosamente en su cartera. Bajo la dirección, en la esquina izquierda del sobre, estaban escritas las palabras «Carta de presentación para lord Lambeth y el caballero Percy Beaumont». Un buen amigo de ambos que había estado en América dos años antes les había dado la carta, y designaba entre todos los conocidos que tenía allí al señor J. L. Westgate como una suerte de consignatario para sus compatriotas.

—Es un tipo magnífico —había dicho el amigo en Londres—, y tiene una mujer increíblemente hermosa. Es tremendamente hospitalario, hará todo lo que esté en su mano por vosotros; y como conoce a todo el mundo, creo que no hará falta que os dé ningún otro nombre. Os presentará a todo el mundo; confiad en él para que os ponga en circulación. Su mujer es guapísima...

Era de lo más natural que en esos momentos de tribulación lord Lambeth y Percy Beaumont se acordaran de un caballero cuyas cualidades les habían sido descritas de forma tan atractiva, sobre todo porque dicho caballero vivía en la Quinta Avenida, la cual, como habían descubierto la noche anterior, estaba al lado del hotel.

—Me apuesto cualquier cosa que no está en la ciudad —dijo Percy—, pero al menos podremos averiguar a dónde ha ido y buscarlo inmediatamente. Es imposible que se haya ido a un lugar más caluroso, eso está claro.

—Ya... Sólo hay un lugar más caluroso —dijo lord Lambeth—, espero que no se encuentre allí...

Caminaron por el lado sombreado de la calle hasta el número indicado en la valiosa carta. La casa lucía una fachada imponente de color chocolate, aligerada por revestimientos y cornisas con molduras floridas en las ventanas, así como por un par de rosales polvorientos que trepaban por encima de los balcones y el portal. Una monumental escalinata de entrada acercaba al visitante a éste.

—Bastante mejor que una casa londinense —dijo lord Lambeth mirando hacia abajo desde esa altura después de haber llamado al timbre.

—Depende de a qué casa londinense te refieras— contestó su compañero—. Aquí uno tiene grandes probabilidades de acabar empapado entre la puerta de la casa y la calesa.

—Bueno... —dijo lord Lambeth lanzando una mirada al cielo llameante—. ¡Supongo que aquí no llueve tanto!

Un criado negro y alto con chaqueta blanca abrió la puerta. Cuando lord Lambeth preguntó por el señor Westgate, respondió con una afable sonrisa.

—*No s'encuentra en la casa, señó; 'stá en el centro, en su 'ficina.*

—Oh, en su oficina —dijeron los visitantes—; ¿y cuándo estará en casa?

—*Ay, señó, cuando sale así po' la mañana, no vuelve a casa en tó el día.*

Era desalentador; no obstante, el negro, muy inteligente, les entregó sin que se la pidieran la dirección de la oficina del señor Westgate, y Percy Beaumont se la anotó en su cuadernillo.

Los dos caballeros regresaron entonces con desgana al hotel y mandaron llamar un coche de alquiler; en el espacioso vehículo llegaron cómodamente hasta centro de la ciudad. Volvieron a recorrer todo el asfalto de Broadway, que les pareció un camino de fuego; después, torcieron a la

derecha y el conductor los depositó frente a una estructura nueva, luminosa, decorativa y con diez pisos de altura, en una calle repleta de jóvenes de mirada penetrante y paso ligero que andaban muy deprisa y se interrumpían unos a otros con impaciencia en las esquinas y en los portales. Una vez en el interior del maravilloso edificio, uno de los jóvenes de mirada penetrante, un tipo encantador con un traje magnífico color crema y un sombrero con una cinta azul, que, evidentemente, se había dado cuenta de que eran extraños y andaban perdidos, les introdujo en un ascensor hidráulico muy confortable en el que ocuparon su sitio junto a muchas otras personas y que, disparándose hacia arriba por vía vertical, les proyectó al instante al séptimo compartimiento horizontal del edificio. Allí, al poco, se encontraron cara a cara con el amigo de su amigo de Londres. Su oficina estaba formada por varias salitas diferentes; esperaron en silencio en una de ellas después de haberle hecho

llegar la carta y sus tarjetas. La carta no era de ésas que se tardan mucho en leer, pero el señor Westgate salió a hablar con ellos más rápido incluso de lo que esperaban; claramente había dejado de inmediato lo que tenía entre manos. Era un personaje alto y enjuto vestido por entero de lino blanco; su cara, delgada, afilada y familiar, tenía una expresión que al mismo tiempo resultaba sociable y formal, una mirada rápida e inteligente, y un largo bigote marrón que escondía su boca y le empequeñecía la barbilla. Lord Lambeth pensó que parecía sumamente inteligente.

—¿Cómo está usted lord Lambeth?; ¿cómo está usted, caballero? —dijo, con la carta abierta en la mano—. Me alegro mucho de verles, espero que se encuentren bien, lo mejor será que pasen por aquí, estarán más frescos.

Les dirigió hacia otra sala donde había papeles y libros de derecho; las ventanas estaban abiertas de par en par bajo un toldo a rayas. Justo

frente a una de las ventanas, a la altura de sus ojos, lord Lambeth observó la veleta del campanario de una iglesia; el alboroto de la calle sonaba infinitamente lejano y se sintió elevado en el aire.

—Yo diría que hace más fresco —continuó su anfitrión—, pero todo es relativo. ¿Qué tal llevan el calor?

—No se puede decir que nos guste —dijo lord Lambeth—, pero Beaumont lo lleva mejor que yo.

—Bueno, no durará —afirmó optimista el señor Westgate—, aquí no duran las cosas desagradables. Hizo mucho calor cuando el Capitán Littledale estuvo aquí: lo único que hizo fue tomar cócteles de jerez. En su carta dudaba de que yo le recordara, como si pudiera olvidar que en una ocasión le preparé seis cócteles de jerez en veinte minutos. Han pasado ya dos años desde entonces, espero que esté bien.

—Oh sí, está perfectamente —dijo lord Lambeth.

—Siempre me complace sobremanera ver a sus compatriotas —continuó el señor Westgate—. Ya era hora de que algunos de ustedes vinieran de visita, precisamente un amigo mío me comentaba hace un par de días: «Llega la temporada de las sandías y de los ingleses».

—En estos momentos los ingleses y las sandías son más o menos lo mismo —observó Percy Beaumont, limpiándose la frente mojada por el sudor.

—Entonces les pondremos en hielo, como hacemos con las sandías. Deben ir hacia el sur, a Newport.

—Iremos a cualquier sitio —dijo lord Lambeth.

—Claro, ustedes lo que tienen que hacer es ir a Newport; eso es lo que deben hacer —afirmó el señor Westgate—. Pero, veamos, ¿cuándo llegaron?

—Ayer mismo —dijo Percy Beaumont.

—Ah, sí, en el *Russia*. ¿Y dónde se hospedan?

—En el Hotel Hanover, creo que se llama.

—¿Es cómodo? —preguntó el señor Westgate.

—Parece un sitio excelente, pero no puedo decir que nos gusten los mosquitos —dijo lord Lambeth.

El señor Westgate le miró fijamente y soltó una carcajada.

—¡Por supuesto! Claro que no les gustan los mosquitos. Esperamos que aprecien muchísimas cosas de por aquí, pero no vamos a insistir en que se pongan a admirar a los mosquitos; aunque, bien es cierto, y deben admitirlo, como mosquitos no están nada mal... Pero no deben quedarse en la ciudad.

—Eso mismo pensamos nosotros —dijo lord Lambeth—. Sería tan amable por su parte darnos alguna sugerencia...

—Mi querido señor, ¿alguna sugerencia? —y el señor Westgate le miró, guiñando los ojos—. ¡Cierre los ojos y abra la boca! Déjelo en mi mano,

que yo lo arreglaré todo. Para mí es una cuestión de orgullo nacional que todos los ingleses se lo pasen bien; y dado que he tenido oportunidad de practicar, he aprendido cómo cumplir sus deseos. Creo que normalmente no se equivocan con lo que quieren. Así que, por favor, considérense de mi propiedad, y si alguien intenta apropiarse de ustedes, no duden en decir: «Fuera esas manos, ya no estamos en venta». Pero veamos —continuó el americano con su voz lenta y algo cómica en un tono peculiar que a los visitantes se les antojó con intención de guasa; era una voz curiosamente pausada y dubitativa para un hombre evidentemente tan ocupado, y según parecía, tan profesional; veamos: ¿pretende usted disfrutar de una, digamos, estancia, lord Lambeth?

—Oh, no, claro que no —dijo el joven inglés; mi primo venía aquí por negocios, y yo decidí cruzar el charco sólo una hora antes, por mera diversión.

—¿Es su primera visita a los Estados Unidos?

—Sí, ¡por supuesto!

—Yo he tenido que venir por negocios —dijo Percy Beaumont— y me traje a Lambeth conmigo.

—Y usted, caballero, ¿había estado aquí antes?

—Nunca, nunca.

—Pensé que dado que habla usted de negocios... —dijo el señor Westgate.

—Oh, verá usted, estoy aquí como abogado —respondió Percy Beaumont—. Conozco a unas personas que están pensando en demandar a una de sus compañías de ferrocarriles y me pidieron que viniese y tomase las medidas oportunas.

—¿Cuál es esa compañía?

—La Tennessee Central.

El americano inclinó la silla un poco hacia atrás y la mantuvo en equilibrio unos instantes.

—Bueno, lamento que desee atacar a una de nuestras instituciones —dijo sonriendo—, pero

supongo que antes más le valdría divertirse un poco...

—De lo que estoy seguro es de que me resulta imposible trabajar con este tiempo —confesó el joven abogado.

—Eso déjelo para los lugareños —dijo el señor Westgate—, y déjeme a mí la Tennessee Central, señor Beaumont, algún día lo hablaremos y seguro que lo puedo arreglar. Pero no sabía que los ingleses de clase alta trabajaran en absoluto.

—Oh, trabajamos mucho; ¿no es así, Lambeth?

—Yo tengo que estar de vuelta en casa sin falta antes del 19 de septiembre —dijo amablemente el más joven de los ingleses, aunque no venía al caso.

—¿Para la temporada de tiro, no es cierto? ¿O se trata de la de caza, o quizás de la de pesca? —preguntó el anfitrión.

—Oh, es que debo estar en Escocia —dijo lord Lambeth, ruborizándose ligeramente.

—Bien, entonces más le vale divertirse un poco antes a usted también. Vayan a ver a la señora Westgate.

—Nos encantaría ¿Pero sería usted tan amable de indicarnos qué tren debemos tomar? —dijo Percy Beaumont.

—Un tren no, un barco.

—Oh, ya veo, ¿y cuál es el nombre de... la... de esa ciudad?

—No es una ciudad —dijo el señor Westgate riéndose—; bueno, ¿cómo lo diría?; es una estación de veraneo. En definitiva, se llama Newport. Ya verán cómo es. Es un lugar muy fresco, eso es lo principal. Me complacería sobremanera que fueran allí y se pusieran en manos de la señora Westgate. Quizás no debería ser yo quien lo dijera, pero no podrían estar en mejores manos. Lo mismo puedo decir de su hermana, que está ahora

mismo con ella. Le encantan los ingleses, cree que son lo mejor que hay.

—¿A la señora Westgate o... a su hermana?
—preguntó Percy Beaumont con modestia, aunque con tono de viajero curioso.

—Oh, me refiero a mi esposa. No creo que mi cuñada sepa mucho de ingleses. Ha tenido una vida muy tranquila, ha vivido en Boston.

Percy Beaumont le escuchaba con interés.

—Tengo entendido —dijo— que se trata de la ciudad más, hem... ¿intelectual?

—Sí, creo que es muy intelectual, aunque yo no voy allí demasiado a menudo —respondió el anfitrión.

—Creo que debemos ir —le dijo lord Lambeth a su compañero.

—Bueno, lord Lambeth, espere a que haya pasado la ola de calor —interrumpió el señor Westgate—. Boston con este tiempo es muy cansado; ésta no es la mejor temperatura para esfuerzos

intelectuales. Sabe usted, en Boston hay que aprobar un examen para poder entrar en la ciudad, y cuando uno se va le dan una especie de diploma.

Lord Lambeth lo miró fijamente, ruborizándose un poco, y Percy Beaumont lo observó también, pero con una expresión completamente natural, apartando la mirada al instante para comprobar que su compañero no parecía demasiado crédulo, dado que él estaba muy acostumbrado al humor americano.

—Debe ser un sitio precioso —dijo el joven caballero.

—Lo es. Lo único que ahora me queda por decirles es que mañana por la mañana temprano les esperan en Newport. Tenemos una casa allí; medio Nueva York se traslada a esa población para veranear. No estoy muy seguro de que en este preciso momento mi mujer pueda acogerles, hay mucha gente en la casa —no sé ni quiénes son—, y quizás no haya habitaciones libres. Pero

pueden empezar en el hotel, aunque vivan en mi casa, y de este modo, si sólo duermen en el hotel, la cosa será más tolerable. Para todo lo demás, consideren mi casa como su hogar. Por favor, no sean tímidos, si solamente van a quedarse un mes sería una gran pérdida de tiempo. La señora Westgate les cuidará muy bien y más les vale no resistirse, háganme caso, sé de lo que hablo. Estoy seguro de que conocerán allí a muchas bellas señoritas. Escribiré a mi mujer esta misma tarde y mañana por la mañana ella y la señorita Alden los irán a recoger. Lo único que tienen que hacer es entrar en la casa y ponerse cómodos. Su barco sale de esta parte de la ciudad; ahora mismo enviaré a alguien para que les reserven un camarote. A las cuatro y media vengan por aquí y háganme llamar; les acompañaré a bordo, es un barco grande, podrían perderse. En unos días, a finales de semana, bajaré a Newport y veré cómo les van las cosas.

Los dos jóvenes ingleses inauguraron la política de no resistencia a la señora Wetsgate sometiendo, con extrema docilidad y agradecimiento, a su marido. Era a todas luces un buen tipo y les había causado una excelente impresión. Su hospitalidad era suficiente recomendación en sí misma, como si con un guiño cómplice insinuara —acertadamente y en cierto modo— que era el mejor trato que uno podía obtener. Lord Lambeth y su primo dejaron al anfitrión a sus tareas y regresaron al hotel, donde pasaron tres o cuatro horas en sus respectivos cuartos de baño. Ante la sugerencia de Percy Beaumont de visitar un poco la ciudad, su primo replicó: «¡Oh, al demonio con la ciudad!».

Regresaron a la oficina del señor Westgate en un coche de caballos con su equipaje; fueron muy puntuales; pero, mal nos pese, debemos dejar constancia de que esta vez éste les hizo esperar tanto que pensaron que perdían el barco, y

únicamente su naturaleza pudorosa les impidió prescindir de su compañía y salir corriendo precipitadamente hacia el muelle.

No obstante, cuando finalmente el señor Westgate apareció, y el coche se sumergió en los alrededores de Broadway, las sacudidas y traqueos tuvieron tan buenos resultados que al llegar al blanco buque la campana de partida resonaba todavía y los pasajeros seguían siendo absorbidos por el enorme barco de vapor.

Era en efecto, como lo había descrito el señor Westgate, un vapor muy grande, y nuestros pasajeros, ligeramente perplejos, agradecieron de veras ser guiados por su anfitrión a lo largo de los innumerables e interminables pasillos y camarotes, con los que parecía estar perfectamente familiarizado, y a los que todo el mundo parecía tener acceso.

Les mostró su camarote, un apartamento espacioso, adornado con lámparas de gas, espejos de cuerpo entero y muebles tallados; y cuando

ya estaban profundamente convencidos de que el vapor se movía y estaba a punto de empezar a navegar sobre la desconocida corriente, el señor Westgate se despidió de ellos amistosamente.

—Bien, adiós, lord Lambeth; adiós caballero Percy Beaumont. Espero que lo pasen bien; simplemente déjenles hacer con ustedes lo que les plazca. Ya me pasaré por allí para encargarme de ustedes.

Los jóvenes ingleses salieron de su camarote y se entretuvieron deambulando por el inmenso y laberíntico vapor, que se les antojó una extraordinaria mezcla de barco y de hotel. Estaba abarrotado de pasajeros, la mayoría de los cuales parecían mujeres y niños muy pequeños; en los grandes salones, decorados en blanco y oro, que se sucedían en una cadena sorprendente bajo la temblorosa luz de gas y por los pasillos donde los criados negros de ambos sexos se reunían con un

aire ocioso para departir con filosofía, todo el mundo se movía de aquí para allá intercambiando comentarios íntimos en voz alta. Después de un rato, siguiendo las indicaciones de un negro perspicaz, nuestros jóvenes tomaron una cena ligera en un lugar decorado como un teatro; en una galería dorada sobre la que parecían abrirse unos pequeños palcos, una gran orquesta tocaba fragmentos de ópera y ante ella la gente agitaba sus menús, como si fueran los programas del concierto. Todo esto ya era suficientemente singular, pero lo más agradable fue sentarse luego en una de las enormes cubiertas blancas del barco, sentir la cálida brisa de la oscuridad e intentar descubrir el perfil de la costa misteriosa y diminuta bajo la suave luz de las estrellas. Los jóvenes ingleses probaron unos puros americanos, los del señor Westgate, y mantuvieron una conversación con muchos silencios extraños, incoherencias e interrupciones. Éste era su habitual modo de conver-

sar, propio de personas que han crecido juntas y han aprendido a interpretar las frases omitidas del otro, o más concretamente, propio de personas plenamente conscientes de un punto de vista común, que permite que un estilo de conversación superficial y descuidado sea suficiente para hacer referencia a una serie de asociaciones a la luz de las cuales todo se comprende.

—Realmente parece que por fin zarpamos —observó Percy Beaumont—. Juraría que estamos regresando a Inglaterra: nos mandan de vuelta a casa, eso es lo que llamo una mala pasada.

—Creo que vamos bien —dijo lord Lambeth—, estoy deseando ver a esas preciosas chicas de Newport. Acuérdate de que nos dijo que el sitio era una isla; ¿no están todas las islas en el mar?

—Bueno —continuó después de un rato el mayor de los viajeros—, si su casa es tan buena como sus puros, nos irá estupendamente.

—Parece un gran tipo —dijo lord Lambeth, como si se le acabara de ocurrir la idea.

—Creo que lo mejor será que nos quedemos en el hotel —replicó su compañero al poco rato—. No sé si me gusta lo que contó sobre su casa, no me apetece quedarme en una casa con tal cantidad de mujeres.

—Oh... pues a mí no me importa —dijo lord Lambeth.

Y después fumaron durante un rato en silencio.

—¡Qué curioso que tuviese esa idea de que en Inglaterra no trabajamos! —continuó el más joven.

—Yo creo que no lo pensaba realmente —dijo Percy Beaumont.

—Bueno, supongo que no saben mucho de Inglaterra en estas tierras —declaró lord Lambeth en tono divertido.

Después hubo otra larga pausa.

—Ha sido de lo más atento —observó el joven aristócrata.

—Ciertamente, imposible ser más atento.

—Littledale dijo que su mujer era muy divertida —declaró lord Lambeth.

—¿La mujer de quién, la de Littledale?

—No, la del americano, el señor Westgate. ¿Cómo es su nombre de pila...? J. L.

Beaumont estuvo callado durante un momento.

—Lo que es diversión para Littledale —dijo finalmente, bastante sentencioso— puede ser mortal para nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó su pariente—. Yo valgo tanto como Littledale.

—Querido amigo, espero que no te dé por coquetear —dijo Percy Beaumont.

—No sé de qué hablas. Claro que no voy a hacerlo.

—Con una mujer casada, si es como debe

ser, no habría problema —explicó Beaumont—. Pero nuestro amigo mencionó a una señorita joven, una hermana, una cuñada. Por Dios, no te encapriches con ella.

—¿Qué quieres decir con eso de encapricharse?

—Que de eso dependerá que ella intente cazarte.

—¡Qué dices!

—Las chicas americanas son muy listas —insistió su compañero.

—Pues tanto mejor —contestó el joven.

—Creo que siempre andan metidas en cosas de este tipo —continuó Beaumont.

—No pueden ser peores que las inglesas —dijo lord Lambeth, con buen criterio.

—Ah, pero en Inglaterra —replicó Beaumont— cuentas con tus protecciones naturales: están tu madre y tus hermanas.

—Mi madre y mis hermanas... —empezó el

joven aristócrata con cierta energía, pero se detuvo a tiempo dándole una calada al puro.

—Tu madre me habló al respecto, con lágrimas en los ojos. Me dijo que estaba muy preocupada, le prometí que no te meterías en líos.

—Más vale que te ocupes de ti mismo —dijo el objeto de las atenciones maternas y ducales.

—Ya... —replicó el joven abogado—. Pero yo no tengo expectativas de ganar millones al año, por no mencionar otros atractivos.

—Bueno —dijo lord Lambeth—, no adelantes acontecimientos...

* * *

Desde luego el tiempo era mucho más fresco en Newport, donde a nuestros viajeros les fueron asignadas un par de habitaciones diminutas en un rincón perdido de un inmenso hotel. Habían alcanzado la orilla cuando caía la

temprana tarde de verano, y enseguida se habían ido a dormir, gracias a lo cual y a las horas de sueño reparador que habían disfrutado anteriormente en su cómodo camarote, hacia las once empezaron a sentirse muy despabilados y activos. Miraron por sus ventanas más allá de una hilera de campos pequeños y verdes, rodeados de muretes de piedra rudimentariamente contruidos, y vieron un océano azul y profundo descansando bajo un cielo azul y profundo, salpicado de vez en cuando por brillantes zonas de espuma. Una brisa fuerte y fresca, que entraba por el marco de las ventanas sin cortinas, incitó a nuestros jóvenes a observar, de manera general, que no parecía ni mucho menos un mal clima. Hicieron otras observaciones después de haber salido de sus habitaciones en pos del desayuno, que tomaron en un enorme vestíbulo desnudo, donde cien negros, con chaquetas blancas, caminaban con estruendo sobre un suelo sin

alfombra, y donde proliferaban las moscas; las mesas y platos estaban cubiertos con una funda voluminosa y extraña de gasa gruesa de color azul. Varios niños y niñas pequeños, que se habían levantado tarde, estaban sentados en una soledad melindrosa para la primera comida de la mañana. Estas personitas no tenían el periódico del día, pero se enfrascaban en la lánguida lectura del menú.

Este documento resultó un gran enigma para nuestros amigos, quienes tras descubrir que todas las abrumadoras categorías se referían únicamente al desayuno, tuvieron la desasosegante visión de una enciclopédica carta de platos para la cena.

El hotel les resultó tremendamente entretenido; se les antojó que la construcción de enorme estructura de madera debía de haber provocado una devastadora deforestación en las selvas vírgenes del Oeste. Inmensos corredores desnudos, a

través de los cuales soplaba una fuerte corriente, y que tenían en su interior maravillosas figuras de damas con vestidos blancos y ligeros rodeados de nubes de encaje de Valenciennes, que parecían flotar hacia las lejanas vistas con volantes al viento, como ángeles que desplegaran sus alas, lo perforaban de un lado a otro. Enfrente había una gigantesca galería, en la que podría haber acampado un ejército entero, una amplia terraza de madera, con un tejado tan alto como la nave de una catedral. Aquí nuestros jóvenes ingleses pudieron disfrutar, como suponían, de un atisbo de la sociedad americana, que se distribuía por la inconmensurable superficie en diversas actitudes sedentarias; parecía consistir principalmente en bellas señoritas vestidas de picnic que se balanceaban en mecedoras y se abanicaban con grandes abanicos de paja y disfrutaban de una envidiable ausencia de preocupaciones sociales. Lord Lambeth tenía una teoría, cuyo origen sería inte-

resante averiguar, según la cual no sólo debía ser agradable, sino también bastante factible, entablar relaciones con alguna de estas jóvenes señoritas; su compañero (como había hecho un par de días antes), tuvo ocasión de interrumpir los espontáneos impulsos del joven aristócrata.

—Más te vale tener cuidado —dijo Percy Beaumont— o te las habrás de ver con un padre o hermano ofendidos sacándote un cuchillo.

—Te digo que no pasa nada —replicó lord Lambeth—. Los americanos vienen a estos grandes hoteles a relacionarse.

—Yo no sé a qué vienen, ni tú tampoco —dijo Beaumont, quien, como el hombre sabio que era, había empezado a percibir que la observación de la sociedad americana exigía ciertos ajustes de los esquemas personales.

—¡Pues entonces vamos a averiguarlo! —exclamó lord Lambeth impaciente—. Sabes que no quiero perderme nada.

—Lo haremos —dijo Percy Beaumont juiciosamente. Iremos a ver a la señora Westgate y haremos todas las averiguaciones necesarias.

Y así, los dos curiosos ingleses, que tenían la dirección de la dama escrita de puño y letra por el marido en una tarjeta, descendieron por la galería del gran hotel y emprendieron el camino siguiendo las indicaciones a lo largo de una calle larga y recta, que pasaba por delante de villas de aspecto moderno realzadas por arbustos y flores y enmarcadas por una ingeniosa variedad de empalizadas de madera.

La mañana era clara y fresca, las villas elegantes y acogedoras, y el paseo de los jóvenes viajeros resultó muy entretenido. Era como si todo hubiera recibido una capa nueva de pintura el día anterior: los tejados rojos, las contraventanas verdes, los porches color marrón claro, color de ante, limpios y relucientes. Los lechos de flores en los pequeños jardines brillaban bajo el aire

radiante, y la grava de la entrada de carruajes reflejaba destellos.

A lo largo de la carretera se acercaban un centenar de pequeños faetones; en la mayoría de los cuales se sentaba un par de damas, de vestidos blancos y largos guantes blancos, que llevaban las riendas y miraban a los dos ingleses, cuya nacionalidad era muy fácil de adivinar, a través de gruesos velos azules colocados firmemente sobre sus caras en un intento de protegerse el cutis.

Por fin los caballeros estuvieron de nuevo frente al mar y tras preguntar a un jardinero por encima de la empalizada de una villa, se dirigieron hacia una puerta abierta. Una vez allí se encontraron cara a cara con el océano y con una estructura muy pintoresca, parecida a una magnífica mansión, suspendida sobre un verde terraplén. La casa estaba rodeada por una galería de una anchura sorprendente a la que se abrían una increíble cantidad de puertas y ventanas. Todas

estas aperturas tenían un aspecto tan accesible y hospitalario, con su alegre revoloteo de cortinas ligeras, sus umbrales acogedores e interiores apacibles, que nuestros amigos no lograron descubrir cuál era la entrada habitual, así que, después de dudarlo un momento, se dejaron ver en una de las ventanas. La habitación al otro lado estaba oscura, pero enseguida una figura grácil empezó a tomar forma vagamente en la exquisita penumbra, y una dama se acercó a saludarlos. Después se dieron cuenta de que la dama había estado escribiendo en una mesa, y que al oírles se había levantado. La dama se acercó a la luz, tenía una sonrisa franca y encantadora y tendió la mano a Percy Beaumont.

—Oh, ustedes deben ser lord Lambeth y el señor Beaumont —dijo—. Mi marido me dijo que vendrían, me alegro muchísimo de verles.

Le dio la mano a cada uno de sus visitantes, que, aunque eran un poco tímidos, tenían excelen-

tes modales: respondieron con sonrisas y exclamaciones y pidieron perdón por no saber cuál era la puerta principal. La dama contestó jovialmente que cuando tenía tantas ganas de ver a las personas no le importaban esos detalles, y que el señor Westgate le había escrito sobre sus amigos ingleses en tales términos que estaba sumamente preocupada.

—Dijo que estaban ustedes terriblemente abatidos— dijo la señora Westgate.

—Oh, ¿se refiere usted al calor? —respondió Percy Beaumont—. La verdad es que estábamos fuera de combate, pero ahora nos sentimos muchísimo mejor. Nuestro... viaje hasta aquí ha sido tan... agradable. Pero es usted muy amable de preocuparse.

—Sí, es usted muy amable— murmuró lord Lambeth.

La señora Westgate se quedó de pie sonriendo; era en verdad muy guapa.

—Bueno, sí, me preocupaba. He estado a punto de mandar a buscarlos esta mañana al Ocean House. Me alegro mucho de que estén mejor, y estoy encantada de su llegada. Deben venir conmigo al otro lado de la galería.

Y hacia allí emprendió el camino con pasos ligeros y suaves, mientras miraba de vez en cuando a los jóvenes y sonreía.

El otro lado de la galería, como lord Lambeth observó enseguida, era un lugar muy agradable. Tenía las proporciones de lo más generosas, y gracias a sus toldos, sus elegantes sillas, sus cojines y alfombras, sus vistas al océano tan cercano, golpeando la base de los bajos acantilados cuya cresta estaba coronada por la suavidad de una pradera, era un encantador complemento al salón. Como tal se usaba en ese preciso momento; lo ocupaba un círculo social. Había varias damas y dos o tres caballeros que la señora Westgate empezó a presentar a los distin-

guidos extranjeros. Pronunció gran cantidad de apellidos de forma espontánea e inconfundible; los jóvenes ingleses, bastante aturdidos, se dirigían e inclinaban ante unos y otros. Finalmente les proporcionaron sillas —sillas bajas, de mimbre, doradas, y con una gran cantidad de lazos— y una de las damas (una mujer muy joven, de nariz pequeña y respingona y con hoyuelos) ofreció un abanico a Percy Beaumont. El abanico también estaba adornado con lazos rosas en forma de corazón; Percy Beaumont lo rechazó, aunque tenía mucho calor. Sin embargo, en ese momento, empezó a refrescar; la brisa del mar era deliciosa, la vista encantadora, y la gente allí sentada parecía sumamente natural y a sus anchas. Varias de las damas daban la impresión de ser jóvenes, y los caballeros eran muchachos delgados y rubios, parecidos a los que nuestros amigos habían observado el día anterior en Nueva York. Las damas tejían bandas de tapices,

y uno de los jóvenes tenía un libro abierto sobre sus rodillas. Beaumont supo después, por una de las damas, que este joven había estado leyendo en voz alta, que era de Boston y que le gustaba mucho leer de aquella manera. Beaumont dijo que era una gran pena haberlo interrumpido; le hubiera gustado tanto (después de todo lo que había oído) poder escuchar la lectura de un bostoniano. ¿No podrían sugerirle al joven que siguiera leyendo?

—Oh, no —dijo su informadora con toda naturalidad—: ahora ya no sería capaz de captar la atención de las señoritas.

Beaumont percibió que había algo tremendamente amistoso en la actitud del grupo; miraban a los jóvenes ingleses con aire de animada simpatía e interés; todos ellos sonreían radiantemente ante cualquier cosa que dijera cada uno de los visitantes.

Lord Lambeth y su compañero se sintieron

muy bien recibidos. La señora Westgate se sentó entre ambos, y mientras hablaba largo rato con cada uno, pudieron observar que era tan guapa como su amigo Littledale les había indicado. Tenía treinta años, pero los ojos y la sonrisa eran de una muchacha de diecisiete, y se mostraba extremadamente delicada y grácil, elegante y exquisita. La señora Westgate era muy espontánea. Franca y comunicativa, siempre parecía - cuando con arrobó miraba con sus bellos y jóvenes ojos- que tras alguna pasajera vacilación, iba a hacer repentinas confesiones y concesiones.

—Esperamos verles muy a menudo —le dijo a lord Lambeth con una especie de seriedad alegre—. Aquí tenemos muchísimo cariño a los ingleses; quiero decir, ha habido muchos ingleses a los que les hemos tomado mucho cariño. De aquí a un par de días deben venir a quedarse con nosotros; esperamos que se queden mucho tiempo. Newport es un lugar muy agradable cuando uno

lo conoce realmente bien, cuando se conoce a mucha gente. Por supuesto, usted y el señor Beaumont no van a tener ningún problema con eso, los ingleses son muy bien recibidos aquí; casi siempre hay dos o tres ingleses de visita. Creo que siempre les gusta, y desde luego no me sorprende: ¡son objeto de tantas atenciones! Debo decir que a veces acaban un poco mimados; pero seguro que usted y el señor Beaumont serán la excepción. Mi marido me dice que es usted amigo del Capitán Littledale; era un hombre tan encantador. Estaba aquí como en su casa, y en verdad me pregunto por qué no se quedó. Dudo de que su país fuese tan agradable para él como éste, aunque supongo que Inglaterra es muy agradable para los ingleses. La verdad es que yo no lo sé, no he estado allí muy a menudo. He estado muchas veces en el extranjero, pero siempre en el Continente. Debo decir que me encanta París. Ya saben como somos los americanos: vamos allí a morir. ¿Lo habían

oído antes? Lo dijo una gran mente; me refiero a los buenos americanos; pero somos todos buenos, ya lo verán ustedes mismos. Lo único que conozco de Inglaterra es Londres, y lo único que conozco de Londres es ese lugar, en una esquinita, ya sabe, donde se compran chaquetas... chaquetas con esos galones bastos y esos botones grandes. Hacen unas chaquetas muy buenas en Londres, debo hacer justicia diciéndolo. Y a algunas personas les gustan los sombreros; pero en materia de sombreros yo siempre he sido una intransigente, siempre me he comprado los sombreros en París. Es imposible llevar un sombrero inglés —al menos yo nunca he sido capaz— a no ser que una se peine a la inglesa, y debo de reconocer que ése es un talento que nunca he tenido. En París hacen que las cosas se ajusten a tus peculiaridades; pero en Inglaterra creo que lo que prefieren es —¿cómo lo diría?— tener una misma cosa para todos; quiero decir en lo que se refiere a la ropa. No sé sobre

otras cosas; pero siempre he supuesto que en otras cosas todo era distinto: en lo que se refiere a las personas, a las clases y a todo eso. Me temo que pensará que no tengo un punto de vista muy favorable; pero ya sabe que es imposible tener un punto de vista demasiado favorable en Dover Street en el mes de noviembre. Ése siempre ha sido mi destino. ¿Conoce el Hotel Jones en Dover Street? Eso es todo lo que yo conozco de Inglaterra. Por supuesto todo el mundo sabe que los hoteles ingleses son el punto débil de ustedes. Siempre había una niebla de lo más terrible, ¡no podía ver ni la ropa que me probaba! Cuando volvía a América, a plena luz, solía descubrir que era el doble de mi talla. La próxima vez iré en la buena temporada; creo que iré el año que viene. Tengo muchas ganas de llevar a mi hermana, que nunca ha estado en Inglaterra. No sé si ha entendido a lo que me refiero cuando digo que los ingleses que vienen aquí a veces acaban un poco

mimados. Lo que quiero decir es que a veces dan las cosas por supuesto, las cosas que hacemos por ellos. Claro, naturalmente, las hacemos sólo cuando los ingleses son muy amables. Pero, evidentemente, casi siempre son muy amables. Por supuesto éste no es ni de lejos un país tan interesante como Inglaterra; no tenemos ni mucho menos tantas cosas que ver, ni tampoco tenemos su vida campestre. Por cierto, nunca vi nada de su vida campestre; cuando voy a Europa siempre estoy en el Continente, ¡pero he oído tanto sobre ella! Sé que cuando están entre ustedes en la campiña disfrutaban muchísimo. Por supuesto, nosotros no tenemos nada parecido, nada a esa escala. No le estoy pidiendo perdón, lord Lambeth; algunos americanos se pasan el día disculpándose, ya se habrá dado cuenta. Tenemos fama de estar continuamente presumiendo, fanfarroneando y agitando la bandera americana, pero debo decir que lo que me sorprende es que, en realidad, estamos

continuamente excusándonos e intentando facilitar las cosas. La bandera americana está bastante pasada de moda, la tenemos cuidadosamente guardada en un cajón, como un viejo mantel. ¿Por qué tendríamos que disculparnos? Los ingleses nunca se disculpan, ¿no es así? Bueno. Debo reconocer que yo nunca me disculpo. Debe aceptarnos como somos, con todas nuestras imperfecciones. Está claro que no tenemos su vida campestre, ni sus ruinas antiguas, ni sus enormes fincas, ni su clase ociosa, nada de todo eso. Pero aunque no lo tengamos, creo que encontrarán el cambio agradable. Creo que cualquier país es agradable si su gente tiene modales agradables. El Capitán Littledale me dijo que nunca había visto modales tan agradables como los de Newport, y eso que él frecuentó a menudo la sociedad europea. ¿No estuvo en el cuerpo diplomático? Me dijo que el sueño de su vida era que le nombraran diplomático en Washington. Pero parece que no lo consiguió. Me

imagino que en Inglaterra ascender y ese tipo de cosas es un proceso tremendamente lento. Aquí, en cambio, es demasiado rápido. Ve, admito abiertamente nuestros puntos débiles. Pero debo confesar que Newport me parece un lugar ideal. Nunca he conocido ningún otro lugar que se le parezca. El Capitán Littledale me dijo que nunca había conocido nada que se le pareciera. Es totalmente diferente a todos los sitios de veraneo; tiene el estilo de vida más encantador. Creo que cuando uno viaja a un país extranjero tiene que disfrutar de las diferencias. Por supuesto hay diferencias, pues si no las hubiera ¿para qué viajar al extranjero? Busque placer en las diferencias, lord Lambeth, ésa es la mejor manera de viajar, y después estoy segura de que la sociedad americana, al menos la sociedad de Newport, le parecerá de lo más encantadora e interesante. Desearía tanto que mi marido estuviese aquí, pero lamentablemente está confinado en Nueva York. Supongo que

piensa que es muy raro para un caballero, pero ya ve, aquí no tenemos clase ociosa.

El discurso de la señora Westgate, pronunciado en un tono dulce, suave, fluía como un pequeño torrente, interrumpido por cientos de pequeñas sonrisas, miradas y gestos que imitaban las irregularidades y obstáculos del río. Lord Lambeth la escuchaba, debemos reconocerlo, con una atención bastante ineficaz aunque con una complacencia que expresaba mediante gran cantidad de pequeños murmullos y exclamaciones de asentimiento y desaprobación. No tenía una gran capacidad para comprender las generalizaciones. En verdad, contaba con tres o cuatro que, gracias al ingenio de su propia inteligencia, él mismo había elaborado, y que en su momento le habían parecido oportunas; sin embargo, en estos instantes apenas podríamos decir que había seguido a la señora Westgate en el grácil vagar por el océano de sus especulaciones.

Afortunadamente ella no esperaba especialmente una réplica, ya que miraba a su alrededor al resto del grupo, y sonreía a Percy Beaumont, sentado a su otro lado, como si él también la comprendiese perfectamente y estuviera de acuerdo con ella. Beaumont tuvo más éxito como oyente que su compañero, dado que además de ser, como ya sabemos, más listo, su atención no se sentía vagamente distraída a causa de la proximidad de una señorita extraordinariamente interesante de pelo oscuro y ojos azules, que era lo que le ocurría a lord Lambeth, quien, después de un rato, pensó que esa señorita de ojos azules y pelo claro podría ser la hermosa hermana que la señora Westgate había mencionado. En ese momento la joven se volvió hacia él con una observación que delató su identidad:

—Es una pena que no haya podido traer a mi cuñado con usted. Es una lástima que tenga que estar en Nueva York estos días.

—Oh, sí; hace tanto calor —dijo lord Lambeth.

—Debe ser terrible.

—Desde luego hay mucho ajetreo —observó lord Lambeth.

—Los caballeros aquí en América trabajan demasiado —continuó la joven.

—¿Ah, sí?, yo diría que les gusta.

—A mí no me gusta, así es imposible verles.

—¿Es eso cierto? —preguntó lord Lambeth—. Nunca lo hubiera dicho.

—¿Ha tenido usted la oportunidad de observar las costumbres americanas? —preguntó la muchacha.

—Oh, no sé. Sólo he venido por diversión, aún no me ha dado tiempo. —Tras una pausa, lord Lambeth volvió a hablar—: Pero el señor Westgate vendrá a visitarnos, ¿no es cierto?

—Desde luego espero que lo haga. Debe ayudar a que le entretengamos a usted y al señor Beaumont.

Lord Lambeth la miró durante un breve instante con sus hermosos ojos oscuros.

—¿Cree usted que habría venido con nosotros si hubiéramos insistido?

La cuñada del señor Westgate guardó silencio un momento, y después respondió:

—Yo diría que sí.

—¿De veras? —dijo el joven inglés—. Estuvo increíblemente atento con Beaumont y conmigo —añadió.

—Es una buena persona —replicó la joven dama— y un marido perfecto. Pero todos los americanos lo son —añadió, sonriendo.

—¿De veras? —exclamó de nuevo lord Lambeth, y se preguntó si todas las damas americanas tendrían semejante pasión por las generalizaciones como estas dos.